

UN ROSTRO, UNA VIDA LLENA

Contaba mi abuelo Pascual que la tradición oral los hizo sabios. Él siempre se definió como pobre pero rico, libre pero preso, humilde pero generoso y lleno de arrugas que entienden de luchas y glorias. Probablemente hoy resulte una curiosa descripción, pero cualquier zagal que creció gastándose las uñas con una peonza, dibujando la rayuela o cantando “La Campanera” de Joselito será su vivo reflejo.

Recuerdo que una noche, debía de ser alguna fiesta gorda como Pentecostés en la que trabajar era un pecado capital, y por no ir a confesarse, mi familia cumplió; se olvidaron del trillo y la labranza, se tomaron el día de libranza y nos reunimos en aquella alcoba dispuestos a jugar y a cantar: “de oca a oca y tiro porque me toca”. Casilla fundamental en la que cuando teníamos la suerte de pisar, todos permanecíamos mudos excepto el abuelo que encontró ese el momento idóneo para convertirse en juglar o trovador y recitar lo que ahora es mi mejor legado, toda su sabiduría.

Quiso empezar con sus raíces. Nació en 1928, año bisiesto, con ayuda de una partera en Lumbrales en sus inicios llamado Liminares, un pueblo de origen prerromano asentado sobre rocas graníticas bañado por aguas del río Camaces. Diecinueve años más tarde llegó la pedida de mano y posteriormente el “sí quiero” en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción frente a un retablo similar al del Monasterio del Escorial y bajo la melodía de un majestuoso órgano celestial.

Siguió con su crianza. Sin premios, jugando solos en el toral. Han cambiado mucho los tiempos decía siempre agachando la cabeza con profunda preocupación. Nunca fui a la playa, las maletas solo las cargamos a la vaca de aquel Seat 127 para viajar al entierro de mi tía Margari, monja en un convento de la ciudad. Muchas noches me fui a la cama sin cenar o comí las lentejas frías al día siguiente. También sentí la zapatilla en mi trasero porque una bofetada a tiempo quita mucha tontería me decían. Libré la viruela, pocas veces estuve enfermo y eso que mi cazadora tenía más usos que las monedas. Los catarros fuertes los curábamos con sopas de ajo y leche con miel. Las culebrinas y los dolores de muelas me los sanó el curandero con rezos, ungüentos y remedios naturales. Eso sí, me agarró una peritonitis y agradecido estoy al tal Fleming por inventar la penicilina que me salvó.

Mucho rato tardó el dado en hacer una buena jugada hasta que ¡zas! Oca. Entonces, la voz áspera y alterada por el humo de la faria volvió a sonar y volvimos a enmudecer.

Era habitual en los hogares que la familia creciera reunida bajo el resplandor del fuego o del candil escuchando narraciones de leyendas, vivencias, rituales o recuerdos desgarradores que pasaban de generación en generación. Así que en casa aprendí mucho, ahí tuve mis mejores maestros sin embargo no puedo olvidar las clases de Don Dionisio cantando el Cara al Sol, los ríos con sus afluentes y los textos de la Enciclopedia Álvarez.

¡Cuántas tizas gasté hasta que mi hermana mayor me cedió su pluma y tintero!

Cuando cumplí catorce años me salí de la escuela. En Lumbrales, al ser capital de comarca, no faltaba el trabajo. Empecé ganando seis mil pesetas en la fábrica de harina moliendo el grano. Desde bien temprano se abrían las compuertas de la presa que acumulaba el agua y hacía mover el rodete. Viví largas jornadas de trasiego de caballerías, gentes y sacas de cereal. Más tarde cambié de oficio y con una vaca de mi padre me iba de puerta en puerta a ordeñarla y vender cuartillos de leche por 4 duros cada uno. La industria textil fue la gran impulsora de la economía del pueblo. Un conocido me metió allí a dedo y la verdad que ser hilandero me hizo prosperar. Me convertí en el jefe del torno y exportábamos gran parte de la producción de mantas y paño al reino de Portugal sin pagar aduanas, privilegio que nos concedió Carlos III.

Mi turno y directa a la casilla 59, oca que me hizo ganar la partida y también la mejor lección de mi abuelo hasta el momento.

La convivencia antes se basaba en tratar de hacer feliz al otro, era un sentimiento de unión en el que ambos tiraban del mismo carro. Respeto, confianza y paciencia era el instrumental básico claro que ¡sin olvidarse de saber entender las manías! Ahora decís que se acaba el amor. Pero... ¿cómo me pides que entienda esto si me alejé setecientos kilómetros de tu abuela durante casi un año de mili y volví más enamorado? Hoy vivís relaciones intensas sí, pero de cristal. Falla sin duda la continuidad y el compromiso. Brilla la indiferencia y esta es la peor fórmula para el amor.

Con sus 96 años, desbordando una energía envidiable, este abuelo fiel aficionado a la brisca y al buen vino a mediodía sabe que en su casa no hubo fotografías y que sólo las palabras serán recuerdo. Quiso dejar huella en la memoria de su nieta y aquí está demostrado. Ahora yo lo admiro como sólo un nieto puede idolatrar. Y quizá aquello que dicen de que cualquier tiempo pasado fue mejor, ahora empieza a cobrar sentido para mí. La sociedad está inmersa, no en la peste negra, sino en otro tipo de pandemia que es cada vez más peligrosa. Pascual nos enseñó de muchas formas, con refranes también. Como aprendiz orgullosa te diré...Camarón que se duerme se lo lleva la corriente. Querido lector, quédate con eso.

Seudónimo: Diciembre